

LA ISLA DE LAS BUENAS COSTUMBRES: CAMBIO
SOCIAL Y CULTURAL EN LA ISLA DE LA GRACIOSA

SAGRARIO MARTÍNEZ BERRIEL

Resumen: La historia de la Graciosa desde su poblamiento a finales del siglo XIX, al amparo de la industria pesquera, hasta el día de hoy es objeto de un análisis sociológico en el que se pone de manifiesto la correspondencia entre los valores culturales de una comunidad y la preservación del medio y su paisaje. Las dificultades a la hora de hacer compatible un espacio protegido con la población residente son analizadas en este artículo con la intención de resaltar el imprescindible conocimiento de las costumbres y valores ambientales de la sociedad a la hora de planificar el territorio.

Descriptores: turismo ecológico, Islas Canarias, La Graciosa, cultura marinera.

Abstract: The history of La Graciosa island from its settlement at the end of the nineteenth century by fishermen to the present day is examined from a sociological perspective, pointing up the tensions in the island community when the regional government attempts to make a plan the island's environment and landscape. It is essential to know the ecological values and practices of a society's inhabitants when attempting to protect the territory in which they live.

Key Words: ecological tourism, Canary Islands, La Graciosa, fishing culture

Desde tiempos muy lejanos o tal vez desde siempre la utopía ha sido el sueño constante y compartido que ha llevado a los distintos pueblos y civilizaciones a ampliar sus confines y conocer lo desconocido, a buscar remedios para la salud, riquezas y recursos que explotar, pero también un mundo mejor y más justo. La idea de paraíso en cada tiempo y sociedad ha variado enormemente pero en lo sustancial todas se parecen en cuanto al logro de una vida virtuosa sin esfuerzos ni calamidades. En nuestra cultura materialista y desacralizada el paraíso es una mercancía y el turismo una de sus principales industrias.

La paradoja que encierra el significado de Utopía en su doble sentido de el mejor lugar y un lugar inexistente, expresa la ilusión y el fracaso en el que se ha apoyado esa insaciable búsqueda que ha llevado a la conquista, la dominación y aculturación de los pueblos, siguiendo la creencia-apariencia de que "la hierba es más verde en la otra orilla". Las islas son esencialmente un símbolo recurrente de la utopía porque sugieren tanto el deseo de llegar a los de afuera como de salir a los que viven encerrados en sus confines y rodeados por la inmensidad del mar. Las Canarias han sido y son, ahora a través del turismo y con anterioridad por otras empresas económicas, una metáfora ejemplar del paraíso deseado y mitificado en la historia occidental. Calificadas de jardín de las Hespérides, de resto de la Atlántida o de islas afortunadas, no han dejado de ser visitadas desde la remota antigüedad por sucesivos buscadores de fortuna, hipnotizados por la fantasía del lugar, especialmente cuando su acceso era difícil.

Los viajeros y los libros de viajes en los que se mezclaba el interés comercial y antropológico, acrecentaron el misterio y exotismo de estas tierras recreando leyendas como la cercana e inalcanzable quimera de la isla de San Borondón. En el siglo XVIII especialmente los ingleses, son los primeros en aventurarse a la nostálgica búsqueda de "lo exótico" introduciendo un cambio que es propio de la estética de la modernidad: la sustitución del valor de la antigüedad por el valor de lo que procede de otros mundos no contaminados por la civilización. Este cambio obedece, por otra parte, a la movilidad social que implanta la nueva sociedad industrial, en la cual no es tan importante la propiedad de objetos de abolengo como la propiedad de lo novedoso y "exótico", bienes en este caso al alcance de intrépidos aventureros y de ricos advenedizos. No es casual entonces, que el concepto de lo bello se empiece a relacionar con objetos en muchos casos comunes

pero que se encuentran fuera del sitio y de las funciones propias. Estos coleccionistas de lo exótico fueron precisamente, precursores de la explotación comercial y turística de las Islas Canarias .

En este universo se encuadra el poblamiento y la civilización de las islas Canarias y de la Graciosa más en particular. Por ellas han pasado conquistadores, piratas, científicos, buscadores de tesoros, hambrientos campesinos obligados a ser pescadores y soñadores solitarios dispuestos a ensayar su propia utopía para lograr lo inalcanzable. Pero la fatalidad de la utopía se inscribe en los cimientos de nuestra sociedad, desde la economía a la cultura, así que agotamos los recursos del mismo modo que matamos lo que más queremos. Destruimos los paraísos sin remedio. La historia de La Graciosa es un ejemplo de un lugar maravilloso al que también llegaron los males de la civilización. No podía ser de otro modo. Los que viven en la Graciosa se sienten incluso orgullosos de que el mal ocasionado a la naturaleza sea tan mínimo en comparación con lo que ha ocurrido en el resto de las islas y no parecen dispuestos a detener su modernización para que los de afuera vayan a descansar.

Es el último pueblo de las islas que vive del mar y no de la playa, donde los barcos no son de recreo o una pieza de museo, sino vitales herramientas de trabajo, y los nombres de las calles recuerdan con insistencia que el mar no es un parque temático sino el principio y el fin de todo. No obstante, el turismo esta haciendo su labor "civilizadora" y crece larvadamente; por eso, La Graciosa también tiene su reclamo publicitario, el Ayuntamiento de Tegui se la promueve como "la isla del silencio" lo cual sugiere que ese preciado bien empieza a ser inalcanzable incluso en la Graciosa.

REFERENCIAS HISTÓRICAS

Brevemente señalaré algunos datos de la historia de nuestra pequeña isla. La cróni-

ca de la Conquista de Juan de Bethencourt comienza en 1402 en el puerto natural del Río y a través de los acantilados de Famara donde los conquistadores encontraron lo primero y más imprescindible para su empresa, agua y cobijo.

A finales del siglo XVI la isla fue cedida por su propietario, D. Agustín Herrera y Roxas, primer conde y marqués de Lanzarote al Cabildo Insular como un bien comunal que servía de dehesa y de lugar de recolección y caza, especialmente en épocas de calamidades, sequías y malas cosechas. Los vecinos de Lanzarote cruzaban por las veredas de Famara el ganado que no podían mantener por falta de lluvia y pastos y explotaban cuantos recursos les fueran útiles: la barrilla para hacer jabón con sus cenizas, el cosco para hacer gofio y las maderas que traía el mar para sus cobijos. Además, pescaban, mariscaban y cazaban conejos y pardelas, de las que era muy preciada la grasa como combustible para calafatear los barcos; obtenían también la preciada sal con la que se conservaban los alimentos antes de los frigoríficos. Precisamente las Salinas del Río al pie del acantilado de Famara son las más antiguas de la isla. Estos usos inicialmente no reglamentados fueron desde entonces, causa del exopolio y desertización de la isla, lo que llevó en el siglo XIX a regular su aprovechamiento a través de licencias.

Esta situación de poblamiento temporal se mantuvo hasta que las críticas condiciones de vida en las islas mayores a finales del siglo XIX indujeron a algunos campesinos a volcarse en el mar como solución a la pobreza del campo. Fue entonces cuando 6 o 7 familias decidieron establecerse en la Graciosa y construir aljibes para uso doméstico y del ganado. Este asentamiento coincide con el auge de las pesquerías canario-africanas y la industria de salazón que tanto ayudó a paliar el hambre en los años de la guerra civil española.

LAS PESQUERÍAS

Un recurso de primera importancia para el imperialismo colonial ha sido la explotación de la industria pesquera en el litoral canario-africano. Este hecho atrajo a las islas personas y capitales extranjeros, promoviendo su temprano cosmopolitismo a finales del siglo XVIII y en especial a lo largo del siglo XIX. La implantación industrial fue precedida por diversos informes que dieron a conocer las ventajas de este banco pesquero. El primer informe se dió a conocer en Londres con la publicación del marino escocés George Glas: *The History of the Discovery and Conquest of the Canary Islands* (1764), en él se reconocían las favorables condiciones de la pesca y la escasa explotación e interés empresarial por parte de España. Tal opinión fue confirmada posteriormente por los franceses S. Berthelot y Barker-Webb responsables de la *Histoire Naturelle des Îles Canaries* (1836-1850). También se expresó en el mismo sentido y 40 años después el Dr. Enrico Stasano que estudió los recursos pesqueros de la costa sahariana. En estos documentos, las islas canarias fueron reconocidas como el mejor lugar para el asentamiento, aprovisionamiento y comercio de las factorías y tinglados necesarios para la industria pesquera. Las razones fundamentales de esta consideración tienen que ver con una trama de argumentos, entre los que destacan, la ubicación geopolítica de las islas, un pedazo de España en África; las ventajas del clima para la salazón y el secado y por último, la excelente mano de obra local, perfecta conocedora del medio y crónicamente necesitada de puestos de trabajo.

Las pesquerías generaron una próspera actividad económica en los distintos asentamientos a los que dieron lugar tanto en el litoral insular (Agaete, San Sebastián de la Gomera, La Graciosa) como en la Costa occidental africana. Uno de los caladeros tradicionales más privilegiados entre los pescadores canarios fue Cabo Blanco en Mauritania. Su capital, Nuadhibu (Port-

Etienne para los franceses) logró bajo el dominio colonial una desbordante vitalidad económica, como centro de la industria pesquera en el continente africano.

Los males endémicos de las islas, la dependencia extranjera, la emigración, la escasez de recursos y la presión demográfica hicieron de estas empresas un recurso esencial tanto para la consolidación del capital insular como para la supervivencia de las clases más pobres, entre las que se encontraban los pescadores, con frecuencia campesinos obligados por la sequía a trabajar en el mar. Eran aguerridos marineros de pequeñas embarcaciones de vela que conocían muy bien la costa de África no sólo por la pesca sino por las pequeñas transacciones de animales y alimentos que mantenían con los vecinos africanos.

La Graciosa fue seleccionada en diversos proyectos nacionales y extranjeros como un lugar excepcional para la ubicación de una sociedad de pesquerías, pero nunca prosperó ése su destino. El primero en el año 1861 cuando la sociedad Rafael Cappa y Compañía con una contribución importante de capital americano realizó las primeras infraestructuras en la isla. El último, en el año 1899 que su último concesionario "Gali y Cía" cede a los pescadores las instalaciones de la empresa; entre tanto se suceden reiterados fracasos en la puesta en marcha de una explotación viable de la industria pesquera. La debilidad del capital nacional y las dificultades que para la política internacional española entrañaba aceptar capital extranjero en una zona tan estratégica respecto a África, impidieron hacer realidad este proyecto.

Los reiterados fracasos de la explotación pesquera y la definitiva quiebra de la Sociedad de pesquerías no fue sin embargo causa del despoblamiento de la Graciosa, antes bien, los pescadores alejados de empresarios y casi olvidados por las autoridades locales fueron consolidando un pueblo de la mano del mar que se llamó Caleta del Sebo. Un pueblo solidario, de

“buenas costumbres” en palabras del cronista de Lanzarote Agustín de la Hoz que se ayudan según las necesidades y que acuden en grupo a la pesca, compartiendo sus beneficios. Un pueblo en el que los hombres van a la mar y las mujeres suben el Risco para comercializar sus riquezas y traer los otros bienes necesarios para la casa.

Desde los comienzos del poblamiento de la Graciosa con las Pesquerías hasta mediados de los años 60 del siglo que acabamos de terminar, la isla vive prácticamente encerrada en sus límites salvo por las transacciones económicas y de supervivencia externas. No hay forasteros en la isla y las comunicaciones con Lanzarote son muy limitadas. La vida de los hombres y las mujeres en la Graciosa era para unos y otros extremadamente laboriosa, lo era incluso para los niños que también desde muy pequeños andaban alrededor del mar. Ellos iban al mar y ellas mariscaban, tenían además que trepar el Risco antes de que aclarara el día para vender el pescado y volver haciendo el mismo recorrido para traer las provisiones de la casa. Ellos cuidaban y arreglaban los barcos, ellas las artes de pesca. En cuanto a la casa, la construían los hombres antes del matrimonio pero la mantenían las mujeres toda la vida. Esta división del trabajo era paralela a otra de reparto de poderes. Ellos mandaban pero no gobernaban en la práctica porque pasaban mucho tiempo fuera de casa, de modo que eran las mujeres quienes administraban los ahorros y tomaban la mayor parte de las decisiones familiares. Esta notable equidad en cuanto a las tareas y calidades que compartían no era de todos modos reconocida, porque el riesgo de la vida en el mar eclipsaba el valor de las ocupaciones femeninas que transcurrían en tierra y comparativamente sin peligro.

El resultado era una comunidad muy pobre, endogámica, reducida y solidaria sostenida a base de un intercambio de bienes y favores establecidos incluso por ra-

zones de parentesco. Además de la endogamia, otra prueba importante del aislamiento y la particular diferencia que ha caracterizado a la Graciosa es el hecho de que tienen un léxico propio y una peculiar manera de hablar diferente al de Lanzarote, empleando la *i*, por la que se les reconoce y apoda de italianos.

Según la información censal en 1910 vivían en la isla 169 habitantes en 5 edificios destinados a vivienda y 23 albergues o barracones comunitarios. En los decenios sucesivos la población crece ininterrumpidamente e incluso en los años “ruines” posteriores a la Guerra Civil y en otro abrigo natural, se crea un segundo núcleo de pescadores, Pedro Barba.

El proceso de crecimiento de la población se vio favorecido por las obras que se ejecutaron en la isla entre 1940 y 1945 con el General García Escámez en el Mando Económico de Canarias: el primer muelle, la iglesia, el cementerio, la escuela y la casa de los maestros y varios aljibes. Además se repartieron tierras de labor para lograr una mayor autosuficiencia. En la memoria del pueblo ha quedado especial constancia de la misión de este caudillo regional porque a partir de esos años la vida en La Graciosa se hace definitivamente estable. Además de una estatua y de una calle que lleva su nombre, los ancianos recuerdan casi con devoción sus actuaciones, por eso dicen que el día que murió todo el pueblo le guardó luto.

LOS AÑOS 60 Y LA INDUSTRIALIZACIÓN DE LA PESCA

En los años 60 la isla alcanza el cenit de población y comienza su declive. El colapso del crecimiento era inevitable tanto por la dimensión del territorio como por la nula diversificación de actividades. Todos vivían de lo mismo y acabaron compitiendo entre sí, de modo que tuvieron que emigrar por las propias exigencias de la industrialización y comercialización de la pesca. No

les faltaba comida ni lo más necesario, pero al otro lado del Río, la pesca y el turismo crearon otros horizontes que influyeron tanto en la economía como en los deseos de la gente. La isla quedó como un reducto de viejos, mujeres y niños. Los jóvenes a veces casi niños se van a la Costa y allí en la dureza del mar alcanzan tempranamente la respetabilidad de los mayores. La intensidad del trabajo se acrecienta con las nuevas técnicas industriales que logran hacer productivos los tiempos que antaño eran de reposo por exigencias del viento o de la naturaleza. El pueblo es la base de espera y afecto de los que están cada vez más largas temporadas enrolados en el mar, la mayoría con la finalidad de hacerse una casa y poco más.

El ahorro generado por las largas y continuadas zafras en África, hasta de 11 meses sin pisar tierra y la creciente importancia del sector pesquero al amparo del turismo se traducen en la concentración de la riqueza en algunas familias que logran prioridad para establecerse en otros sectores de actividad cada vez más vitales como el comercio y las comunicaciones, acabando con el nomadismo de una parte de la población.

La emigración tuvo como destino preferente Arrecife y tendió un puente cada vez más sólido entre las dos islas, al que contribuyó especialmente la construcción del muelle de Órzola. Afectó por igual tanto a quienes tuvieron capital y crearon negocios paralelos o reconvirtieron su flota a la pesca industrial como a quienes se emplearon en barcos ajenos y en el sector turístico. En estos últimos supuestos se encontraron la mayoría de los hombres jóvenes y las mujeres que quedaron fuera de las redes de trabajo al desaparecer las arcaicas formas de navegar y repartir los beneficios de la pesca. El cambio llegó con la sustitución de la vela por el motor y la comercialización del pescado a través de terceros. Coincidió también con el uso de los frigoríficos y la transformación de la in-

dustria de salazón, y por tanto, con el declinar de una de las más ancestrales actividades económicas de Lanzarote: la sal.

En la "desbandada" de La Graciosa desaparece como primera medida el caserío de Pedro Barba, convertido por una oscura maniobra mercantil en la primera urbanización turística destinada al ocio de los forasteros. Desde entonces, el inexorable desarrollo del sector turístico no ha cesado como compensación a la crisis de la actividad pesquera, desatada por la creciente conflictividad de África una vez roto el equilibrio colonial. El mismo proceso que llevó a desaparecer a la mayoría de los pueblos del litoral canario a manos del turismo alcanzó como no podía ser de otra manera al último y casi con certeza principal pueblo de pescadores que quedaba en el Archipiélago. Los servicios para los turistas comenzaron a prosperar lenta y calladamente, los jóvenes con más facilidad que los viejos aceptaron el cambio, primero como una forma de ayuda estacional, después como una forma de dedicación plena que les permitía trabajar sin riesgo y sin alejarse de la familia.

LOS AÑOS 80 Y LOS PLANES DE PROTECCIÓN

En Caleta del Sebo hay dos hitos que conmemoran la vida de la comunidad. Uno es la estatua de García Escámez, otro es la placa que conmemora la visita de Los Reyes para inaugurar el Parque Natural. Son dos símbolos de dos de los momentos más cruciales en la historia de La Graciosa. Uno es el que la declara como pueblo; el otro, como un espacio protegido en el que se vea formalmente el uso residencial. En esta contradicción se puede resumir hoy la utopía que representa La Graciosa.

En los años 80 en un contexto de auge del ecologismo, el futuro de la isla se debate entre la urbanización y la protección medioambiental. El ayuntamiento de Teiguise responsable del territorio urbano,

presenta continuas propuestas de planes turísticos, pero los tiempos parecían más proclives a la ecología y la isla quedó preservada por la declaración del Parque Natural del Archipiélago Chinijo en 1986. Para entonces, el Estado, su propietario principal, hace una notable inversión en obras públicas: muelle, potabilizadora, luz eléctrica, teléfono..... Los cambios son tan importantes que afectan desde el aspecto físico del pueblo hasta los hábitos sociales y domésticos de sus habitantes. La incomunicación hacia el exterior había forjado una intensa comunicación interna, en cambio el teléfono, la televisión y la mayor periodicidad de los barcos invirtieron ese proceso, rompiendo los lazos de dependencia que unían la comunidad en favor de una nueva perspectiva de comodidades y consumo de carácter privado.

La accesibilidad y la publicidad que supuso el Parque Natural alentaron, en modo no deseado para sus fines, el desarrollo turístico de la isla, lo que desató un renovado interés por su explotación. El Ayuntamiento de Tegüise hasta entonces sin sede física en La Graciosa, abre una oficina y crea distintos puestos administrativos, de vigilancia y limpieza. Por su parte, la Caja de Ahorros, con no menos avidez, crea una sucursal introduciendo en la vida de la gente la "comodidad" de sus servicios. Estas nuevas instituciones a las que acompaña el dinero y la burocracia, además de inducir cambios en la economía y en los modos de vida de la gente, han segregado en la comunidad, un grupo más cualificado y mejor remunerado. Han desatado además, la lucha por el suelo, el bien más preciado y escaso en la Graciosa.

La incertidumbre que generó en la población el Decreto de Parque Natural se ha traducido en los últimos años en una revitalización de la economía de la isla, manifiesta en la ampliación y nueva construcción de viviendas y negocios. Una consecuencia ha sido la creciente edificación en segunda planta, particularmente acusada

en la zona del centro, donde actualmente se acerca al 20% de la superficie construida.

La ejecución de las normas que regulaban el Parque no han tenido completa ni eficaz vigencia en estos últimos quince años porque otras leyes posteriores y de rango superior; una nacional y otra autonómica, obligaron a modificar su contenido. Este vacío legal ha repercutido en un manifiesto deterioro de la isla, inevitable por la propia actividad económica y constructiva. Actualmente está en fase final la redacción del Plan Rector de Uso y Gestión. Después de cuatro años parece inminente la última tentativa de establecer una ley de punto final en los desmanes del territorio del Archipiélago Chinijo. El primer paso ha sido un inventario de lo que hay y ya no se puede ignorar: abundantes edificaciones de dos plantas, 110 coches, una escombrera... Uno de los problemas principales que ha representado la redacción del Plan es el hecho de que las leyes raramente o excepcionalmente conciben los Parques Naturales como espacios socialmente habitados. Por tanto, la preservación de la naturaleza siempre se ha entendido como un hecho alejado de la actividad humana. Tal actitud parece indicar que se piensa de partida que donde hay humanos es imposible preservar nada. Sin duda no hay actividad más depredadora que la que ejercemos los humanos, especialmente en la versión de sociedad de consumo. Pero si algún sentido tienen las leyes de protección del territorio es educarnos para eliminar la codicia y despiadada explotación de la naturaleza.

El nuevo Plan, con la intención de ser eficaz y contar con el consenso de los habitantes de la Graciosa, ha sido redactado, en modo excepcional, con las alegaciones que por escrito han adoptado los vecinos reunidos en comisiones. En opinión de sus redactores la participación ciudadano ha sido masiva, lo que indica una activa y extensa conciencia política necesaria para su

éxito. El principal reto del planeamiento es convencer de los beneficios de las normas escritas e iguales para todos, foráneos y locales, frente a la habitual práctica de favores y contrafavores que tradicionalmente ha regido en la isla. Esta política "sui generis", se expresa en la resistencia a toda norma, una de las consecuencias del pasado de la isla más difícil de borrar. A los gracioseros no les hace ninguna gracia regirse por normas que acotan o se enfrentan a sus costumbres. Pedir permisos en su territorio para pescar, mariscar o acudir a Alegranza, les parece inaceptable, sobre todo a los jubilados. Entienden que las normas deben ser para los de afuera pero no para ellos. El aislamiento los ha hecho indómitos, pero junto a ese rasgo de independencia ha prosperado una nociva práctica política servil de tintes caciquiles. El ayuntamiento de Tegui se ha auspiciado esta tendencia concediendo paternalmente solares a los hijos-hombres de la Graciosa mediante mecanismos de adjudicación que nunca fueron transparentes. La situación se ha agravado con el paso del tiempo por la transmisión y venta de propiedades a forasteros, lo cual complica el estado de propiedad del suelo y la consecuente dificultad a la hora de establecer normas de carácter público sobre el derecho privado.

El progresivo ingreso en una economía de mercado ha supuesto el creciente aumento de bienes de consumo inusuales en la comunidad que fomentan la diferencia y la indiferencia. Desde una extensa gama de artefactos como los teléfonos móviles, motos de agua, cajeros automáticos, hasta el decorado de las viviendas y bares en los que cada vez es más frecuente la importación de materiales sofisticados en sustitución de otros tradicionales que estaban sólo en la isla como los callados del mar. El uso de coches y grúas va igualmente creciendo por la propia lógica del aumento del consumo; el transporte de bienes y mercancías así como la eliminación de desechos sería de otro modo imposible. La ca-

rrilla, el medio usual para llevar las cosas del barco a las casas, se hace pequeña e inútil para la nueva dimensión de la economía. Las calles llegan a hacerse conflictivas en verano por la intensidad del tráfico, sobre todo pensando que no están señalizadas y que el uso no es exclusivamente peatonal aunque en la mente de la gente siga vigente esa creencia.

Un cambio en el modo de vida muy significativo y de consecuencias también visibles es el de la dieta alimenticia. Cuando la gente mayor del pueblo habla de las calamidades de su pasado, cuentan que ellos prácticamente sólo comían lo que daba el mar, gofio y fruta pasada. Ahora al contrario, apenas comen gofio e importan un sinnúmero de alimentos envasados. La dieta tradicional era tan perfectamente ecológica que no generaba residuos, la compenetración entre naturaleza y cultura era total. Sin embargo, entrados de lleno en el consumo, no sólo por ellos sino por causa de las demandas de los turistas, los productos adquiridos en el mercado se multiplican junto con los envases y materiales no desechables que revolotean por las calles de arena y las playas. No es casual que el Plan haya concebido como una de las actuaciones ambientales más preocupante y necesaria la recogida selectiva de basuras y su traslado a Lanzarote.

Los rasgos culturales del pueblo de pescadores van desapareciendo en modo cada vez más notable tanto en las costumbres como en el aspecto físico del pueblo y de la gente. La ropa, incluso, en otro tiempo característica de los gracioseros, sólo la conservan las personas mayores, especialmente las mujeres que llevan el sombrero de empleita. La austeridad y la simpleza de vida dan paso a formas más sofisticadas de vestir y de vivir al tiempo que declina la importancia de la comunidad de marineros. La costumbre de saludarse propia de un pueblo de conocidos y que se reconoce también va perdiéndose con el creciente anonimato.

Podríamos deducir de la historia del poblamiento de la Graciosa una ley universal de adaptación al medio: El mar hace a los marineros nómadas, sin ahorros, ni riquezas, porque el mar tan pronto te lo da todo como te lo niega todo, por eso son gente poco dada a previsiones que alteran escasamente el paisaje. En sentido inverso, la tierra obliga a los campesinos a ser previsores y constantes, de modo que si alteran el paisaje. En esta cadena de explotación de la naturaleza nuestra sociedad de ocio es la más depredadora de cuantas existen y han existido porque explota en modo intensivo la totalidad del territorio con tal multiplicidad de fines que no hay posibilidad de recuperación del paisaje.

Un aspecto importante del cambio es la percepción del tiempo. La prisa, los plazos, las previsiones y los cálculos de tiempo y dinero que llegan con los negocios acaban por alterar la mentalidad de la gente, especialmente en verano que la población llega a triplicarse. La apoteosis es la fiesta del Carmen encuentro obligado de los gracioseros y de los jóvenes de Lanzarote que acampan en sus playas, el "chinchorraje" del que se escandalizan los viejos de la Graciosa. En esas fechas, la vigilancia prácticamente inexistente en la isla durante todo el año, sólo hay dos municipales, se multiplica por temor a los desórdenes. Pero últimamente, las ocasiones festivas para acudir a la isla se multiplican y basta que exista una vía de comunicación para que se desate el deseo de ir y venir entre una isla y otra. Además, la presión que el turismo ejerce en las islas mayores fomenta un circuito alternativo entre los escasos sitios que como la Graciosa quedan fuera de la explotación internacional.

LOS ARTISTAS PRECURSORES DEL CAMBIO

La soledad, la simplicidad y la vida apartada de los ritos sociales ha sido uno de los atractivos principales que buscaron

los primeros artistas y aventureros que llegaron a estas islas antes de la fiebre del turismo. En La Graciosa encontraron inspiración para sus obras dos grandes artistas: Ignacio Aldecoa y Patrick Shiel.

La escuela de La Graciosa tiene el nombre de Ignacio Aldecoa. Es el homenaje público a un importante escritor de la generación de los "niños de la guerra" que describió con maestría lo que era vivir en La Graciosa en 1967. Dos años antes de morir, Ignacio Aldecoa encontró en La Graciosa además de un paraíso en el que encontrarse a sí mismo, el lugar en que ubicar su última y mejor novela "Parte de una historia" en opinión de su mujer Josefina Rodríguez Aldecoa. Relata el drama individual y colectivo que se desencadena en esta pequeña isla, ejemplo de una sociedad tradicional casi hermética, bruscamente sometida a la invasión del mundo exterior moderno. En este lugar "vacío", en el que nada hay superfluo, sofisticado o abundante, el autor busca las repuestas que no encuentra y le atormentan en su vida habitual y urbana.

La novela describe con perfecto realismo la vida de un pueblo transeúnte, de vida incierta y extrema por la poderosa fuerza del mar y de las rocas. Organizado por la recurrencia de las mareas y los vientos, la rutina y la imposibilidad del secreto. Un pueblo aislado, sin hombres jóvenes porque pasan grandes temporadas en las pesquerías del Sur, de viejos pescadores habituados al ron y a la cantina, de mujeres muy laboriosas y sumisas y de niños que corren alrededor de la vida de los mayores. Un pueblo trabajador aún sin tocar por la frivolidad del turismo que vive día a día sin mucha previsión porque "del mar nunca se sabe".

Los forasteros que naufragan en la isla representan la amenaza de la sociedad de consumo. Sus costumbres modernas (nudismo, libertad sexual...) tienen un efecto ambivalente en la vida del pueblo, entre la atracción y el escándalo. Por una parte,

rompen la rutina y liberan deseos frustrados por la endogamia, la pobreza y la adversidad, pero por otra parte, perturban y asustan porque tambalean las normas ciegas que sostiene la comunidad.

La novela como documento social que es, refleja muy acertadamente la confrontación y el cambio resultante del entrecruzamiento de dos mundos prácticamente separados: el local, y el de los de afuera. Adelanta el fin del ostracismo de una comunidad de pescadores ajena a la modernización a la que llega un pequeño grupo de extranjeros que sin proponérselo actúan como agentes de su transformación.

El cambio de todas formas era y es inevitable y la autarquía insostenible aunque nostálgicamente se piense que el turismo ha sido la industria devastadora que lo ha causado, y que son los de afuera quienes lo imponen. Lo que sí ocurre es que la velocidad del cambio es cada vez más vertiginosa en la medida en que se desarrollan las comunicaciones y la información. Por supuesto hay que admitir también que las relaciones que genera el turismo entre visitantes y visitados no son igualitarias ni están exentas de dominación. Dicho esto, las consecuencias son todas inevitables. Los males de la civilización van todos juntos, la desigualdad entre los miembros de la comunidad creció junto a la riqueza.

Además de Aldecoa otros forasteros insignes encontraron en esas "20 millas cuadradas de piedras y arena" su utopía a la vez que contribuyeron a cambiar para bien y para mal la vida del pueblo. Patrick y Silvia Shiel, un arquitecto y una pintora profesores de la universidad de Oxford de 1945 que se instalaron en la isla en 1968. La señora tiene actualmente 94 años pero no es una anciana en su forma de vivir y pensar. Habla muy mal el español pese a no salir prácticamente de la isla. Eligió ese lugar con su marido y en él quiere permanecer a pesar de que vive sola desde hace 20 años que él murió. Su casa es una obra señera de arquitectura moderna, en su intención está

el pasar desapercibida e integrada en el ambiente, y desde luego lo consigue porque parece que ella siempre estuvo allí y que los intrusos son los demás. La casa no está pintada, y la arena ha ido envolviéndola y difuminándola lo que contrasta rotundamente con las formas remozadas locales, cúbicas y blancas.

La casa de los ingleses es la primera vivienda que no tiene un principio de uso relacionado con el mar y la pesca. Es la primera obra de arquitectura de la isla con una finalidad estética. Representa el sueño de dos personas que deliberadamente se apartan del mundo civilizado y buscan la libertad en la naturaleza aún intacta de una isla que entonces seguía regida por la recurrencia del mar y de los astros y que adolecía de ruidos y máquinas. La señora que generosamente muestra su casa se horroriza de como es hoy la Graciosa, su casa no tenía unos límites absolutos con el exterior, ellos querían ser en la tierra lo que un barco en el mar, ahora el exterior es una dañina creación humana. Las puertas diseñadas para no ser cerradas con llave parecen un sueño imposible de sostener con tantos visitantes desconocidos.

LO QUE ES INVARIABLE EN LA GRACIOSA

Hasta ahora se han destacado los aspectos cambiantes de la cultura y de la economía en la isla de La Graciosa, pero sería incompleta esta descripción si no incluyera la determinación casi invariable que impone el lugar en la vida de la gente. En las sociedades avanzadas, la movilidad y artificialidad de nuestras vidas nos hacen olvidar continuamente que vivimos en un sitio y un tiempo determinados. En las ciudades, queda como un recuerdo casi biológico de nuestro pasado natural, la referencia acerca del tiempo, pervive como un nexo de unión entre las personas a partir del cual se emprende la comunicación más elemental entre desconocidos. El espacio y el

tiempo no parece que nos determinen. Hace ya mucho tiempo que ni los alimentos que consumimos ni los ritmos de trabajo y diversión tienen correspondencia con los ciclos de la naturaleza. En La Graciosa, sin embargo, no podríamos decir lo mismo, ni siquiera ahora que la ilusión del consumo y de los medios ha diluido la influencia del lugar, porque la dependencia externa es total y el tamaño manifiestamente limitado. Es tan pequeña la isla que es imposible ignorar la influencia extrema del viento y el mar, de ellos aún depende la mayor parte de la economía y el bienestar anímico de la gente. Como ocurre en otras zonas de crónico aislamiento, como los puertos de montaña, las personas temen quedarse incomunicadas y no tener reservas de alimentos, ni atención médica, sienten que las comodidades de las que gozan pueden desaparecer en un revés de la naturaleza o de la gente.

Por otra parte, la vida privada en un terreno tan limitado cobra especial relevancia y las pequeñas diferencias se convierten en crónicas y profundas desavenencias sociales, tal vez porque no hay otras cosas en qué ocuparse. El tamaño hace también sentir con desmedida intensidad la presión demográfica; en verano, 1.500 personas en una isla de 27 km. cuadrados representan una densidad verdaderamente alta. Ellos se quejan de que no se puede estar, ni caminar con tanta gente. A nosotros urbanos y forasteros, nos sorprende su actitud, porque aún estando allí no tenemos la referencia mental de un territorio tan limitado.

Además del aislamiento y del tamaño de la isla, el otro determinante geográfico imposible de eludir es el acantilado. Estando en la Graciosa la muralla de Famara es un límite imponente «más noche que la noche» dice Aldecoa. Es frecuente escuchar entre los que están obligados a vivir en la isla por razones de trabajo que el acantilado les parece una muralla opresiva, que les angustia tenerlo siempre enfrente, sin dejar

ver lo que hay detrás, más aún en invierno con las calles vacías y el viento silbando.

Entre los maestros por ejemplo, cada curso la movilidad es prácticamente total y es raro el año que no se presentan bajas laborales por depresión nerviosa. El curso pasado intentaron, y contaron con la oposición de los padres, pactar un horario que les permitiera alargar los fines de semana hasta la media mañana del lunes para permanecer más tiempo fuera de la isla. En el caso de los médicos, dos facultativos alternan su trabajo y permanecían en la isla. En cuanto a las monjas, es un retiro espiritual elegido pero ni por éstas lo conservan en modo continuado.

Otro aspecto más a destacar del determinismo, en este caso en modo benefactor es la sana libertad de la que gozan los niños, la isla es para ellos un parque seguro en el que no es preciso la continua vigilancia de los padres. En opinión de los maestros esta ventaja tiene un precio y es que les cuesta mucho entusiasmarlos con la escuela porque para ellos es un encierro y no la necesitan. El fracaso es especialmente ostentoso entre los varones identificados con la vida del mar y el barco que van a heredar de su padre; y menos manifiesto entre las niñas que tienen una tendencia mayor a involucrarse en la educación porque para ellas representa la posibilidad de un camino personal más activo e independiente que el de esperar a los maridos que están casi siempre embarcados.

Al analizar las características diferenciadoras de la vida urbana, uno de los principales fundadores de la sociología, G. Simmel destacó tres rasgos esenciales de este modo de vida: el secreto, el dinero y la prisa. Esos tres rasgos han cambiado en última instancia nuestra personalidad. Como hemos visto, en La Graciosa está instalado ese modo de vida, lo cual no quita que coexistan viejas formas tradicionales de entender el mundo. Lo que se propone el Parque Natural es que se frene el deterioro medioambiental, lo que debemos propo-

nernos con igual intensidad es preservar una cultura igualmente amenazada

Para terminar transcribo la conversación que tuve en La Graciosa con una persona que conoce muy bien la isla y que su propia historia personal es testimonio del cambio descrito. Comparto su opinión: "Antes de la tele íbamos en el barco hablando de cosas personales luego acabamos hablando de programas de la tele. Esa dimensión cada vez tiene más fuerza. Un niño conoce el león a través de la tele, pero un león no tiene nada que ver con esa imagen. Un león huele y a la distancia que lo tienes en la tele lo ves y sales por patas, es imponente, demoledor. Mi hijo está todo el día en la marea pero no tiene

los detalles de quienes vivieron en ella sin la presencia de la tele. Yo ahora siento que no sería distinta mi visión del mundo estando aquí que estando en Nueva York. En la época anterior era imposible pensar así, estábamos absolutamente entroncados con el medio. En la medida en que te vas desligando emocionalmente del medio vas creando una estructura mental de distancia que vas llenando con otras cosas: libros tele, objetos, amigos... Cuando vivíamos en aquel mundo tan simple soñábamos mucho más. El primer acto mañanero era precisamente contarnos los sueños. Pero ahora no es así. Eso hay que cultivarlo, si no, se pierde, y así nos ha ocurrido.

BIBLIOGRAFÍA

ALDECOA, I., (1995): *Parte de una historia*. Alfaguara, Madrid.

CABRERA SOCORRO, G., (1997): *Los hombres y las mujeres de la mar*. Centro de la cultura popular canaria, Sta Cruz de Tenerife.

CÁRDENES, J. L. Y MARTÍNEZ BERRIEL, S., (1987): *Estudio sociológico para el Plan de Protección del Parque Natural de los Islotes del Norte de Lanzarote y de los Riscos de Famara*. Consejería de Política Territorial del Gobierno Autónomo de Canarias, Las Palmas.

DE DIEGO, E., (1999): *Quedarse sin lo "exótico"*. Fundación Cesar Manrique, Lanzarote.

GONZÁLEZ MANRIQUE, J. J., (1998): *Lanzarote, la isla olvidada*. Ediciones Idea, Sta Cruz de Tenerife.

HOZ BETANCOR, A., (1962): Lanzarote. Cabillo Insular de Lanzarote, Arrecife.

LLEÓ, B., (1998): *Sueño de habitar*. Fundación Caja de Arquitectos, Barcelona.

MARTÍN HORMIGA, A. F., (1982): *El rabo del ciclón*. Cofradía de pecadores de San Ginés, Arrecife.

MARTÍNEZ MILLÁN, J.: *Las pesquerías canario-africanas*. Caja de Canarias. Madrid 1992.

RODRÍGUEZ ALDECOA, J.: *Ignacio Aldecoa en su paraíso*. Fundación Cesar Manrique 1996

ROZENBERG, D: *Ibiza, una isla para otra vida*. CIS-Siglo XXI. Madrid 1990

TORRE, C.: *Gran Canaria, Fuerteventura, Lanzarote*. Ed. Destino. Barcelona 1966

VV.AA.: *La graciosa estudio histórico y geográfico*. Centro de la cultura popular canaria. Sta. Cruz de Tenerife 1996.

FUENTE ORALES:

Conversaciones con los lugareños: Ginés Pellarés, Inocencia, Margarona, Nani, Sor Irene, policías municipales y técnicos de Política territorial.